

VIAJE A MI INTERIOR

Finalista premio de relatos hiperbreves de Vivencias en el Transporte Público 2008

Maricel Díez Regidor

Era una sensación terrible: un cúmulo de tristeza y desolación que se hacía cada vez más grande; y a medida que iba pensándolo más, más me encerraba en mi misma. Me estaba dejando llevar por esos sentimientos. La sensación de pérdida y de dolor se hacía más grande, y sólo quería que aquel viaje que estaba haciendo en un tren de cercanías acabase cuanto antes para salir fuera al frío invernal, para espabilarme y transportarme, de nuevo, al mundo real, que me quitase del ensimismamiento de una maldita vez.

La verdad es que dentro del vagón se estaba calentito, confortable, pero no quería estar allí, dándole vueltas y más vueltas a la cabeza. Miré a un lado, intentando distraerme, pensar en otras cosas. Una niña iba con su madre, sorprendida porque iba en un tren de dos alturas y en lo más alto, veía el paisaje de una forma especial, le fascinaba y comentaba a su madre que le parecía que estaba en un tren del parque de atracciones. Miré más allá, un grupo de jóvenes universitarios reía, creo que porque había una foto divertida en un periódico que alguien había dejado con anterioridad en el vagón. Miré más lejos aún, donde me alcanzaba la vista, estaba bastante lleno, aunque nadie iba de pie. Mucha gente, pero, paradójicamente, yo me sentía vacía, completamente sola...

De repente algo cambió; fue al reanudar la marcha tras la parada de Pitis. La sordidez de ciertos paisajes y los grafitis (algunos buenos, otros de pésima calidad que deprimían más que otra cosa) dejaron paso a unas vistas inimaginables: quizás nunca me había fijado porque no iba en un tren de dos plantas, o quizás porque iba siempre demasiado ocupada pensando en problemas de la vida cotidiana, como me estaba pasado en ese momento... pero ahora lo veía todo claro: la hierba estaba verde, verde, las hojas no se habían caído y aún se podían ver algunas flores, parecía una primavera, aunque estábamos en otoño.

En dos ocasiones me pareció que volábamos; bueno, no sólo yo, también la niña que estaba al lado parecía estar en otro mundo, totalmente fascinada, y veía, al igual que yo, que volábamos, debido al efecto óptico del tren de dos alturas y unos empinados terraplenes. De pronto vi un par de ciervos, creí estar soñando, pero la niña confirmó con unos gritos extasiados que eran ciervos de verdad. En ese momento me di cuenta de que ya me sentía mucho mejor, que estaba haciendo un mundo por algo que quizás era una tontería, que me quedaría un rato más en el tren, relajada, disfrutándolo de una forma en la que nunca lo había hecho. Y seguí el camino, sin mirar las paradas que había dejado en el camino, para ya mirar siempre hacia delante.